

Chico Largo y Charco Verde

Alberto Sánchez Argüello

loqueleq

*A Germán Pomares Herrera,
el niño gigante que me encaminó hacia la escritura.*



El tesoro de Nicarao

7

Cuentan que en tiempos del general Zelaya, Nicaragua era un país con pueblos llenos de aparecidos y espíritus nocturnos. Las señoras metían a sus hijos temprano a la casa para que no se los llevara la carreta nagua y los hombres apuraban el paso en los caminos de tierra para que las micas brujas o las ceguas no los embrujaran.

Fue en esos tiempos cuando don José Castellón decidió tantear suerte y se fue por los caminos, dejando a su familia al cuidado de sus hermanos en el pueblito que los había visto nacer. No vayan a creer que don José era un desobligado, no señor, él solamente quería encontrar la fortuna que necesitaba para darle a su familia una vida mejor.

Podría contarles muchas historias de aquella gira que hizo don José: su encuentro con Santa Casilda, su pleito con los duendes del bosque de

pinos o la vez que atrapó a un brujo convertido en hormigón, pero esas son historias para otra ocasión.

Al final de su viaje, llegó a una isla que tenía dos volcanes y ahí tuvo un sueño que le puso la carne de gallina: soñó que a la orilla de una laguna estaba enterrado el tesoro del cacique Nicarao, un tesoro de joyas de todos los colores que lo dejaban ciego a uno de tanto brillo.

8

Al día siguiente de su llegada a aquella isla, se levantó del petate y fue derecho a encontrar la laguna del sueño. Pasó entre varios árboles y matorrales y luego apareció ante él una laguna verde, rodeada de un bosque tupido. Don José agradeció al cielo por haberlo llevado a aquel lugar y se puso a cavar a la orilla de la laguna.

Pasó el día cavando con una palita comprada a un árabe que vendía todo tipo de objetos en el puerto del gran lago. Al caer la tarde ya estaba cansado. Solo había encontrado gusanitos y muchas piedras con dibujos extraños.

Al anoecer, don José se acostó al lado de la laguna con su cutacha al lado. No logró dormirse, sintió un hormigueo en el estómago, tenía miedo sin saber de qué.

Pasaron algunas horas hasta que escuchó que alguien lo llamaba desde la laguna. “¡José!”, decía una voz ronca, “¡José!”, volvía a decir cada vez más cerca. Una figura larga y oscura se formó de las sombras de la noche y a don José se le erizaron los pelos de la espalda. Agarró su cutacha y se persignó con la mano temblorosa.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con valor a la sombra que tenía enfrente.

—Aquí me dicen Chico Largo —le respondió el espanto—, quiero hacer un trato con vos —agregó.

Don José sintió que se le iba el alma a los pies. En la isla la gente le había contado que un demonio vivía en el Charco Verde y ahora lo tenía frente a frente.

—¿Qué trato? —le preguntó con voz fuerte.

—Tu alma por la fortuna que has estado buscando —le respondió quedito Chico Largo.

—¿Y si no quiero? —preguntó don José.

—Entonces no encontrarás el camino de regreso y jamás volverás a ver a tu familia —respondió Chico Largo amenazante, y al acabar de hablar se hizo grande como la noche y su oscuridad se convirtió en una densa niebla que cubrió toda la laguna.

Don José dio dos pasos para atrás y esperó a ver si Chico Largo volvía a hablar, pero solo se escuchó el silencio, ni los grillos cantaban. Al final, el cansancio lo venció y se acostó pensando que se había imaginado todo aquello.

10 Cuando se levantó todo estaba oscuro. Don José se dijo que debían ser los nervios por el espanto y se volvió a acostar; así le pasó dos veces más hasta que el hambre en su estómago lo convenció de que debían ser pasadas las nueve de la mañana.

—Esto está mal —dijo en voz baja y empezó a caminar por donde había llegado.

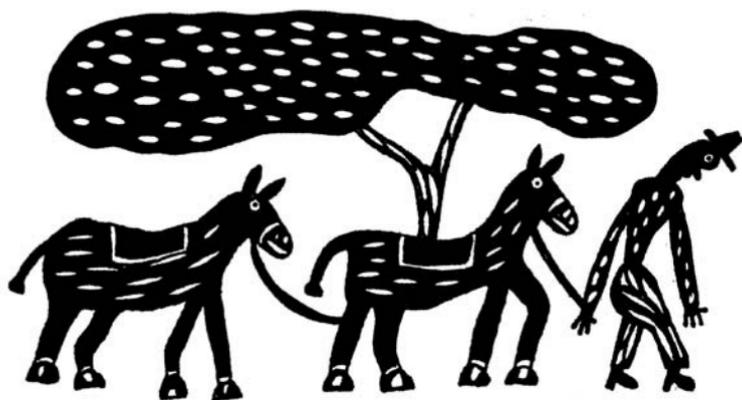
Dicen que caminó varios días en la oscuridad y siempre regresaba al mismo lugar. A veces le parecía escuchar voces de gente pero nunca encontró a nadie, solo la noche oscura y el Charco Verde. Ya casi desmayado del hambre, cayó a la orilla de la laguna y se puso a llamar a Chico Largo. La sombra volvió a formarse de la oscuridad a la orilla de la laguna.

—Haré el trato —le dijo don José, casi sin fuerzas. Y así dicen que pasó: Chico Largo hizo aparecer del fondo de la tierra el tesoro oculto del cacique Nicarao y las joyas, como una docena de candiles, alumbraron la noche.

Don José le prometió al espanto que, después de siete años, su alma volvería a aquel lugar. Luego compró dos mulas en la isla con algunas de las joyas y ahí comenzó la leyenda de su riqueza que llegó hasta los cerros del Norte. Cuentan que a su regreso, los ladrones no se atrevieron a asaltarlo porque ya se rumoraba sobre sus tratos con el Diabolo.

11

Días después, llegó a su pueblo don José Castellón, con el tesoro de Nicarao al lomo de las mulas, con un peso en el corazón, pero contento de poder darle a su familia una vida mejor.





Un zanate y tres regalos

Don José se compró la finca más grande del pueblo y la llenó de vacas lecheras y aves de corral. Mandó a traer los mejores vestidos de la capital para doña Chilo, su esposa, y le pagó al sastre del parque central para que le confeccionara a él y a sus dos hijos mayores, trajes de lino blanco para lucir en las tardes de verano.

13

Don José y doña Chilo tenían cuatro hijos: tres varones y una niña. Pedro y Mateo eran los mayores, el primero tenía diecisiete y el otro tenía veinte años, eran los que ayudaban a su papá en las labores de la finca.

María de los Ángeles era una niña morena, de cabellos rizados. En aquel entonces tenía diez años, era alta y bonita como su mamá. Luego estaba el más chiquito, el favorito de don José, se llamaba Miguel, aunque solo tenía cinco años se sabía

los nombres de todos los árboles de la zona y llamaba a cada animal de la finca por el nombre que él les había puesto. Tenían una gallina llamada Josefa, un pato pardo llamado Casimiro y una vaquilla que venía corriendo cuando le decía Clotilde. Miguel quería a todos los animales como si fueran parte de su familia.

14 Con ellos vivía también la mamá de don José, pero Miguel era el único que la podía ver, los demás solo escuchaban al niño hablar de ella. Lo extraño era que la señora había desaparecido una noche de luna llena antes de que Miguel naciera, durante una inundación que había desbordado los ríos del pueblo.

La casa de la hacienda era de madera, tenía cuatro cuartos y dos pisos. Una escalera con trece escalones iba de la sala a la planta superior donde estaban los cuartos. Abajo estaba un viejo piano que nadie sabía tocar y varias sillas mecedoras alrededor de un tapete, según la abuelita había pertenecido a un rey persa.

Todas las mañanas María de los Ángeles y Miguel iban a la única escuelita del pueblo. Salían de la hacienda después del ordeño, cruzaban un

bosque de jiñocuabos y acacias secas que estaba siempre lleno de unas aves negras azuladas: los zanates.

Un día de verano, María de los Ángeles se enfermó de varicela. Tuvieron que traer una gran pana desde los establos de don Santiago Herrera para meter a la niña en agua con manzanilla y así combatir las grandes fiebres que le trajo su enfermedad. Los niños dejaron de asistir a la escuelita, hasta una mañana de domingo en que Miguel entró temprano al cuarto de sus padres y les dijo en voz alta que él ya estaba grandecito y podía ir solo a la escuela. Sus padres se sorprendieron al comienzo pero luego se pusieron contentos por la madurez de su hijo menor.

Esa noche, antes de su primera salida solo, la abuelita Castellón estaba cociendo un pantalón con hilos tan finos que parecían de tela de araña.

—Cuando vayas por el bosque mañana, recuerda que toda vida es sagrada —le dijo al nieto y luego le extendió un bordón de madera de guanacaste—. Este era el bastón de tu abuelo, le ayudó a andar por caminos desconocidos.

El niño lo tomó con dificultad y cuando quiso

darle las gracias a la abuelita ya no la vio, solo observó la mecedora moviéndose con el viento que entraba por las ventanas.

El lunes, Miguel salió más temprano que de costumbre. Con la emoción del viaje todo le pareció nuevo. Se fijó más en todos los detalles del camino: las flores silvestres multicolores, el movimiento suave de las ramas de las acacias y todas las formas mágicas de las nubes en el cielo matutino.

A mitad del camino escuchó un alboroto: eran varios niños con tiradoras de madera. Miguel se asustó y se escondió entre unos matorrales. Cuando llegaron a su lado no lo vieron. Eran tres, pero solo se fijaban en las copas de los árboles.

—Allá está —dijo un chavalito espigado como de diez años. Miguel miró hacia arriba desde su escondite y se quedó maravillado al ver a un zanate inmenso; cuando el sol iluminaba su plumaje, parecía como si la luz hiciera una danza en sus colores negros azulados.

Los chavalitos apedrearon al pájaro gigante. Dos piedras pasaron de largo, pero una de ellas le dio en el centro del pecho. El ave cayó y los chavalitos corrieron a rematarla. Miguel se tapó los ojos para

no ver aquello, pero el sonido del zanate al caer se le metió en los oídos como una abeja enojada. De repente, el temor se convirtió en furia y el niño salió de entre los matorrales con el bordón arriba de su cabeza. Aún tenía los ojos cerrados, así que solo escuchó una gritería y luego el ruido de gente corriendo.

Cuando al fin abrió los ojos estaba solo y, por más que buscó tampoco encontró al zanate. Se sentó en la hierba y escuchó su corazón: latía fuerte como si se fuera a salir. Así estuvo un rato hasta que se tranquilizó y partió en carrera para la escuelita porque las sombras de los árboles le decían que era tarde.

En la escuelita, la profesora Matilde le dio un besito por la alegría de volverlo a ver y lo mandó a sentar al lado de la niña nueva quien venía de una ciudad lejana llamada Rivas. Miguel casi no ponía atención recordando la aventura. En el recreo escuchó a unos chavalos mayores hablar de una pandilla de cipotes que temprano en la mañana habían sido atacados por un duende con una espada. Miguel se puso a reír pero no contó su historia a nadie.